

Prólogo de Montserrat Roig

Mujeres para la historia

La España silenciada del siglo XX



Antonina Rodrigo recoge en este libro las voces de catorce mujeres luchadoras en diversos campos de la vida pública que, sumados conjuntamente, sustentan, en gran parte el auge del progreso femenino. Ellas fueron las pioneras del cambio más importante que se está plasmando en los primeros años del siglo XXI. En sus páginas viven dos actrices y una bailarina (María Casares, Margarita Xirgu y Antonia Mercé la Argentina) cuatro políticas (Victoria Kent, Margarita Nelken, Federica Montseny y Dolores Ibarri, Pasionaria) una periodista (María Morales), una maestra y miliciana (Enriqueta Otero Blanco), una pintora (María Blanchard) y cuatro universitarias con dedicación a la literatura y la pedagogía (María Teresa León, Zenobia Camprubí, María Goyri y María de Maeztu). Sus vidas constituyen unos ejemplos especialmente valiosos de actitud solidaria y comprometida con los ideales democráticos en momentos muy difíciles de la historia de nuestro país.

A la memoria de mis padres, de mi prima Ana, de mi tía Pilar, de mi cuñada Rosario Díaz-Garzón, de mis amigas Ana María Dalí, Dolors Palau, Montserrat Roig y María Lacrampe. A Eduardo, mi compañero. A mis hermanos, sobrinos y primos. A mis amigas Alicia Alted, Amparo Hurtado, Ángeles González, Ángeles Villegas, Cándida Esteban, Marisol Bengoa, Carlota Mercé Pevloff, Carmen Alcalde, Carmen Caamaño, Carmen Holgueras, Clarina Vicens, Conxa Pérez, Cristina Fenollosa, Joaquina Dorado, Josefina Cedillo, Josefina Cusí, Juanita Nadal, Julia Valderrama y Kalinka Pradal, Manuela Albardiaz, María Sancho Menjón, María Angustias Barranco, María Dolores Pons Santano, María Estrada, Marie Laffranque, Marie Noëlle Morange, Ángeles de Molina Fajardo, Neus Samblancat, Palmara López Mora, Paloma Castañeda, Patro Zafón, Pepa Sánchez Azuaga, Petri Jiménez, Pilar Blanco, Pilar Daniel, Pilar Ordoñez, Rosa Yagüe, Sara Berenguer, Tere Sanz, Tica F. Montesinos.

LA RECUPERACIÓN DE LA PALABRA

Sufrir en la ignorancia es horrible.

HENRY MILLER, *Plexus*.

Hay varias imágenes de Antonina Rodrigo en mi mente. La veo vestida con una capa negra intentando hablar de la amistad entre Andalucía y Cataluña en una cena del Consell Nacional Català. Erguirse, voluntariosa y obstinada, frente a tantos relojes parados en el exilio. Proclamar casi en vano que los pueblos, para amarse, tienen antes que entenderse. La veo con su enfado y con su rabia, los labios apenas prietos, casi gritando al viento la injusticia a que se le sometía. Antonina Rodrigo se había preparado un corto pero emotivo papel sobre la libertad que se merecían todos los pueblos del Estado español. Y lo hacía en su lengua, la castellana, que en sus labios nunca es opresora. Y lo hacía citando a su amado García Lorca. Pero se le negaba la palabra por ser mujer, por no ser entonces «importante», y porque, supongo, no tenía ni una gota de sangre catalana. Por suerte se deshizo a tiempo el entuerto y el racismo de unos cuantos quedó justamente ridiculizado. Pero Antonina no se había callado. Y es que Antonina no se calla nunca.

Otra de las imágenes que me vienen ahora, imprecisa y difusa, es un día en mi casa cuando no pudo reprimir el llanto al escuchar las historias de dos exdeportados catalanes en los campos nazis. Antonina lloró, y lo hizo sin afec-

tación y sin cursilería. Lloró porque tiene los sentimientos claros. Sus lágrimas no eran de serial ni de blandez, sus lágrimas eran, en aquel momento, el signo externo de su solidaridad. Veo siempre a Antonina andando por la calle como si fuera sin rumbo fijo. Paseando, haciendo lo que los franceses llaman *flaner*. Antonina te coge del brazo y anda calmosamente, dejando morir las palabras con su acento granadino, como si todavía estuviera en Granada y sus ideas surgieran tan diáfanas como el agua que nunca deja de sonar en el Generalife. A veces Antonina me parece de otra época. Y me pregunto: ¿qué hace Antonina en una ciudad como Barcelona, ciudad caníbal que se devora a sí misma a la par que a sus ciudadanos como Saturno lo hizo con sus hijos? ¿Qué hace Antonina entre esta gente que vive en casas llenas de polvo, oscuras, impregnadas del impenitente olor a coliflor de sus patios interiores? ¿Qué hace Antonina entre tanto ruido, ajeteo, explosiones de tubos de escape, prisas, rumores crispados, entre tanta excitación colectiva, entre tanto miedo a la soledad? Antonina no está hecha para esta ciudad, ella que vino de la calma del silencio, de un universo de flores y de agua. Antonina está hecha para ser una señorita-de-buena-familia-con-cierta-cultura. Antonina nació para llevar guantes de seda y mantillas de encaje. Para ir vestida de blanco. Para sumergirse en el silencio secular de los que nunca han batallado por el pan. Para deslizar con leve fatiga sus dedos en las teclas del piano y hacer sonar una sonata de Chopin. Antonina no nació para la lucha sino para el orden. No nació para el grito sino para el silencio. No nació para el combate sino para la calma. Antonina tendría que vivir entre plantas de tierra húmeda, entre jarrones llenos de claveles, con sus tapetes y sus cortinas de encaje. Antonina nació para leer a los románticos cuando el día muere. Para tomar el té en tazas decoradas de la Cartuja de Sevilla mientras asiente levemente los inmóviles discursos de los mayores. Antonina, una mujer bella, morena y ojos tan

azules como el cielo que ilumina las Alpujarras, escogió un buen día el grito, el desorden, la lucha. Dejó el susurro del agua que nunca cesa de pasar, la pulcritud de los patios granadinos, abandonó un universo ordenado y en paz para convertirse en cómplice de la rebeldía, de la infatigable y apasionante lucha por descubrir la verdad, por descubrir alguna verdad. Y esta «complicidad» –que es en ella también amor, puesto que vive con otro gran desenmascador de mentiras, su entrañable compañero Eduard Pons Prades–, se va convirtiendo poco a poco en palabra. La palabra de los demás. Antonina, pues, ha sabido combinar su propio pasado, hecho de luz y de murmullos, con la ansiedad por recuperar la palabra ajena. Contra el olvido está la palabra. Contra la muerte total está el relato de otras vidas. Antonina sabe que con la palabra, con el conocimiento de lo que se va morimos un poco menos. Nuestras vidas ya no parecen tan efímeras. Con la recuperación de la palabra de los demás nuestra vida es menos muerte.

–Mira, Montserrat –me dijo Antonina al darme el original del libro que el lector tiene en sus manos–, si no hablamos nosotras de nosotras, ¿quién lo va a hacer?

Antonina, esta vez, ha escogido muy bien las palabras para contarnos «su» verdad. En toda elección hay un compromiso y Antonina Rodrigo se compromete radicalmente con la palabra de sus biografiadas. Se trata de la palabra de mujeres. La escritora Marie Cardinal dice que las palabras, entre otras cosas, pueden ser gigantes, rocas hundidas profundamente en la tierra, sólidas y que gracias a las cuales se puede atravesar una corriente. Antonina Rodrigo necesitaba, ahora, esos gigantes. Los necesitamos todas las mujeres para poder atravesar la corriente en este remolino cultural en que se ha sumergido a nuestro sexo durante siglos. Necesitamos esas rocas para no dejarnos llevar en el remolino de la desesperación, para darnos cuenta de que nuestra impotencia no es una fatalidad o una

broma de mal gusto de la madre Naturaleza. Que para superar nuestra incapacidad para expresarnos, para dominar la «sabiduría» de los hombres, la ciencia, para dominar, en suma, el universo, hacen falta años, quizá siglos, y, sobre todo, las palabras de las que nos han precedido, de las grandes olvidadas, de las que descubrieron mucho antes que nosotras que la Historia ha sido fabricada por los hombres, por los hombres de las castas superiores para provecho de los hombres de las castas superiores.

Antonina Rodrigo nos relata en este libro la lucha que sostuvo Victoria Kent para que su palabra quedara. «Lo que quiero es no olvidar, y como nuestra capacidad de olvido lo digiere todo, lo tritura todo, lo que hoy sé quiero sujetarlo en este papel». Victoria Kent no quería olvidar sus propias palabras, temía el poder satánico del olvido, ese poder que yace, siempre acechando, en las zonas vulnerables de nuestra memoria. Antonina Rodrigo ha iniciado también una lucha, solitaria y pertinaz, contra este poder diabólico. Lucha por destruir el maleficio, para que la vida y la palabra de tantas y tantas mujeres no desaparezcan de nuevo tras las sombras de la Historia. Tiene razón Antonina Rodrigo cuando dice que es urgente recuperar la palabra de las mujeres que nos han precedido en eso tan abstracto y concreto a la vez que se llama existencia. Los hombres no lo harán por nosotras. Cuando lo hacen, a veces preferiría que se callaran. A veces es mejor el olvido que no perpetuar la imagen que ellos han creado de nosotras: mitad ángel, mitad demonio. Un animal inventado por ellos, sin lugar a dudas. Pero que no tiene nada que ver con la mujer. O con las mujeres. Porque, por suerte o por desgracia, no todas las mujeres somos iguales. Aunque nos reinventen día a día, en la publicidad y en el arte, en la poesía y en el cine. Los hombres se llevarían grandes sorpresas si, modestamente, se sentaran a escuchar nuestras palabras. Se darían cuenta de que no estamos tan lejos los dos sexos como ellos suponen. Pero para escuchar

hay que dejar de pensar que uno es el rey del universo. Y al igual que los monarcas solo escuchaban de los bufones aquello que les complacía, la gran mayoría de los hombres tienen pavor a oír esa nueva palabra que va surgiendo lentamente de los infiernos: la palabra de la mujer.

EL TIEMPO Y LA VIDA

C'est quand il est devenu mort, que je m'aperçois que le temps fut vivant.

POUILLON, *Temps et roman*.

Una vida no se cuenta, se vive. La vida de los demás se vive a retazos. Se cuentan algunos aspectos de cada persona, determinadas zonas seleccionadas por el biógrafo. Cada vida se presenta entre claroscuros, en leves pinceladas, como un cuadro impresionista. Para que el lector ame en cada zona luminosa lo que el biógrafo antes ha amado. Nunca se sabe todo de nadie por la simple razón de que ni uno mismo llega nunca a conocerse totalmente. Infinidad de personas se mueren sin haber acabado de nacer. Algunas porque se someten desde el principio y la conformidad es la carretera por la que deambulan hasta la muerte. Otras porque desaparecen de la memoria ajena. Alguien dijo que recordar es vivir dos veces. Y eso es tan cierto como que el olvido es una muerte doble. El biógrafo, pues, restituye con la voluntad algunas de las vidas de cada existencia humana. El buen biógrafo es aquel que lo hace con simplicidad casi goethiana: con los ojos y los oídos bien atentos. Sabiendo de antemano que ninguna vida puede ser relatada para la posteridad en términos absolutos. Porque, como dice Virginia Woolf en *Orlando*, si hay setenta y seis tiempos distintos que laten a la vez en el

alma, ¿cuántas personas diferentes no habrá que se alojan, en uno u otro sitio, en cada espíritu humano? Ni la enciclopedia más completa, más exhaustiva y detallada nos puede dar cuenta de la verdadera duración de una vida. Cada existencia humana está hecha a base de múltiples fragmentos que se superponen. Unos fragmentos esconden a otros mientras el tiempo se convierte en una dimensión que no puede ser medida con nada tangible. Pasan las vidas –que no se viven, como los historiadores pretenden, cronológicamente– como fugaces respiros en la historia de la Humanidad. La misión del biógrafo es cazar al vuelo alguno de estos respiros, convertirlos en palabras, transformarlos en algo que puede ser comunicado a los demás. Algunos de estos fragmentos sirven para recomponer modestamente algún rompecabezas. Lo demás desaparece, inviolable, dentro del olvido universal. Pero si el biógrafo ha añadido alguna pieza en este rompecabezas ya se puede quedar bastante satisfecho.

Antonina Rodrigo sabe muy bien que la «objetividad» no existe. Que la objetividad nació el día en que los hombres empezaron a mentir. Creo que Antonina Rodrigo ha escrito biografías apasionadas de otras mujeres porque ella misma tampoco sabe vivir sin pasión. Ha buscado en estas «mujeres de España» aquellos puntos comunes que la ayudaran a entenderse como ser humano. En este sentido, cada existencia puede resultarnos, de algún modo, «ejemplar».

No quisiera equivocarme, pero me parece adivinar en su tozudez por recomponer la vida de los demás una inquieta búsqueda de las claves de su propio pasado. Y también de su presente. Quizá para ilusionarse con el futuro. Antonina Rodrigo sabe muy bien que sería una petulancia inexcusable en un escritor pensar que uno empieza y acaba en sí mismo. Sabe muy bien que cada cual de nosotros se «hace» también en los demás y, aunque la experiencia sea algo intransferible, en la relación que estable-

ce mos unos y otros pueden hallarse respuestas ante algunos enigmas. O, por lo menos, compartir la angustia ante esos enigmas.

Hace años que Antonina Rodrigo escribe sobre los demás, los ama, los necesita. O los ama porque los necesita. Establece con sus personajes biografiados una especie de relación amorosa que va profundizando a lo largo de la investigación y que culmina con la redacción del manuscrito. Antonina necesitó a Mariana Pineda, a Margarita Xirgu, a Federico García Lorca, al doctor Trueta. Cada biografía es una estación en su proceso vital. Una reflexión personal sobre su propia situación. Mariana y García Lorca son Andalucía. La Xirgu y el doctor Trueta, Cataluña. Ella es una andaluza que vive en Cataluña, una mujer que ahora escribe sobre estas mujeres. Primero fue la granadina que reflexionó sobre su propia tierra. Luego tuvo que comprender un país bien distinto, Cataluña. Y ahora es la mujer que bucea en su propia condición a través de la historia de otras mujeres. Y en el centro está Antonina, que nos muestra a los demás por no mostrarse a ella misma. Pero su pudor no le vale: en cada trabajo hay más de ella misma, como si las palabras le hicieran la jugarreta de desnudarla, en un *striptease* moral, lento pero obstinado. ¡Y cuánto descubres de Antonina en cada una de sus biografías! Esta capacidad casi telúrica que tiene de amar la realidad a través de los seres humanos. En Antonina «vives» cada personaje. Y llegas a amarlo con su misma pasión cuando a Antonina se le cuelan exclamaciones personales. Por ejemplo, cuando al hablar del esfuerzo que hizo la madre de La Argentina al aprender a bailar a los treinta años para así no abandonar a su esposo, exclama: «¡Lo que no pueda el amor!».

DE «COLAS DE COMETA» A LA CONSCIENCIA DE MUJER

Ahí están las decisivas mujeres de Antonina Rodrigo. Distintas procedencias sociales. Distintas partes del Estado español. Distintas familias. Sin embargo, hay en todas ellas un punto en común: intentan ser seres humanos en un conglomerado de países que se llama España. Un Estado que todavía hoy está por hacer. Un Estado que vive esporádicas euforias de ciudadanía y libertad para sumergirse luego en el marasmo inquisitorial y sombrío que subyace desde tiempos de la mal llamada Reconquista. Distintas mujeres que saben muy bien que solo la libertad colectiva las va a liberar como mujeres. Pero que no ignoran que incluso los hombres que más aman la libertad se azoran y se quedan perplejos al descubrir en sí mismos, gracias a la lucha de las mujeres, un buen tanto por ciento de opresor.

La gran mayoría de esas mujeres han vivido el exilio exterior. El resto ha sido devorado por el canibalismo legal y religioso del franquismo. Nadie como las mujeres que se quedaron en España saben lo que significa el exilio interior. Mujeres doblemente colonizadas, como cuerpo y como mente. Exiliadas en su totalidad. Tratadas como subnormales por la ley franquista, que retrocedió siglos. Devueltas a la pura naturaleza, sublimadas como «madres», relegadas a la cárcel dorada y sagrada del hogar donde, las más inteligentes o imaginativas, ahogaban suspiros de resentimiento o resignación.

María Teresa León ha peregrinado por el mundo reclamando una patria «pequeña como un patio o como una grieta en un muro muy sólido». María Casares exclama, por el contrario, que su patria es el exilio. Dolores Ibárruri ha soñado cada día, como una obsesión, en volver. Volver a oír hablar a la gente, no importa dónde. En algún lugar

de España. Zenobia Camprubí, Margarita Xirgu, María de Maeztu y Margarita Nelken murieron en el exilio. Victoria Kent y Federica Montseny no regresaron del todo. Las demás, viven de algún modo el peor de los exilios, el moral. El exilio del silencio. No hace mucho, el programa La Clave, que el segundo canal de Televisión Española emite los sábados, llevó a debate el tema del exilio. Hubo varios invitados. No había ni una sola mujer.

Algunas de esas mujeres eran muy bellas y sus contemporáneos se preguntaron, extrañados, cómo una mujer hermosa se preocupaba del mundo de fuera, del mundo público. Otras, ya se sabe, lo hacían porque la «Naturaleza» no les había beneficiado demasiado y tenían que canalizar sus «naturales» frustraciones hacia el mundo externo, ya que su físico era el alambre de un campo de concentración que les impedía el traspaso a la vida privada. Era «natural», pues, que María Blanchard fuera artista. ¿Qué iba a hacer, si no, una mujer jorobada? O bruja o artista. Nunca la «Naturaleza» ha sido tan perfectamente codificada como cuando el mundo masculino se refiere a la mujer. Si no se «inventara» la Naturaleza quizá llegaríamos a relacionarnos con ella. Zorrilla, pues, escribe a propósito de Gertrudis Gómez de Avellaneda cuando esta presentó su candidatura para la Real Academia de la Lengua en 1853: «Era una mujer hermosa, un error de la Naturaleza, que había metido por distracción un alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina». Casi un siglo más tarde, un hombre culto, el embajador de Chile en Madrid, escribiría en su Diario a propósito de María Teresa León, la compañera de Rafael Alberti: «... Inteligente, dueña de una personalidad fuerte, la creo un poco dominante. Todo hombre –y más si realiza una misión en la vida– necesita a su lado –abiertamente o entre bastidores– el apoyo de una mujer».

Una compañera inteligente y sensible para un hombre que, según el embajador, realiza «una misión en la vida».

María Teresa León es una gran escritora. A María Teresa León se la conocería mucho más si no hubiera sido la compañera de Rafael Alberti. A María Goyri, también, si no hubiera sido la mujer de Menéndez Pidal. Trabajaron entre bastidores para no resquebrajar la estructura emocional que nos ofrece el matrimonio monogámico. María Teresa eligió ser «cola del cometa» cuando ella podía ofrecernos –y de hecho nos lo ha ofrecido en sus libros– su propia luz. Zenobia Camprubí entendió, *avant la lettre*, la crisis de valores que estamos viviendo, pero prefirió ser la «lengua», la «mano», el «pie», la enfermera, la mecanógrafa, el chófer de su marido, el gran poeta y hombre neurótico Juan Ramón Jiménez. Juan Ramón así le hablaba a su mujer. «... Siempre estás dispuesta a trabajar o a gozar. No eres interesada. Eres cumplidora, digna y generosa. No pides nada a nadie. Das todo. Te acomodas a todas las circunstancias y las resuelves alegremente. Ríes siempre a veces por no llorar». A modo de apólogo, podríamos distorsionar la realidad y poner en boca de una mujer esas mismas palabras dedicadas a su «compañero». Nos parecería una aberración de la «Naturaleza». Cuando Zenobia contrae cáncer, su marido, que no para de hablar de su propia muerte, no la acompaña a Nueva York donde Zenobia tiene que ser operada. A esa clase de relación yo no la llamo «compañerismo». El día en que las mujeres sean, a la vez, cometas y colas de cometa y los hombres acepten también los dos papeles, entonces la palabra «compañera» se reconciliará con su verdadero significado. Mientras, Zenobia era mejor una madre que una compañera. Y quizá también María Teresa León.

Otras mujeres tienen que aceptar la escisión que nos hace vivir en una sociedad como la burguesa, sustentada en la familia nuclear. Así, mujeres inteligentes como María de Maeztu o María Luz Morales tienen que renunciar a la vida privada para poder ejercer en la vida pública. En el mundo de los hombres, a esas mujeres se les acepta que

desarrollen un rol tradicionalmente definido como «masculino» mientras renuncien a ser «mujeres». Serán «personas» mientras no sean «mujeres». Se les dirá, además, que no son mujeres o que su cerebro es tan extraordinario que, por casualidad, siendo hombres han adquirido la apariencia de mujer. Así, a María Blanchard se le dirá que no es «femenina sino varonilmente maligna». Si alguna de esas mujeres transgrede esas normas e intenta conciliar sus ideas con su proceso vital, entonces será o ridiculizada o anatematizada. Incluso por sus propios compañeros de ideología. Este es el caso de Margarita Nelken que, además de ser socialista y luego comunista, intentó ponerlo en práctica en su condición de mujer. Mirada con recelo por los hombres porque intentó conciliar en la práctica, la vida privada y la vida pública. ¿Qué pasaría hoy con nuestros sesudos parlamentarios de izquierdas, pulcramente encorbatados y vestidos de gris, si intentaran conciliar su vida interior con la exterior? Pues que nuestra sociedad se tambalearía realmente. Pero no hay peligro: a La Pasionaria se la admite mientras cumpla su papel de mito y no de persona-mujer.

En una guerra de hombres, unas cuantas mujeres eligieron el bando de la libertad, intentan, además, desarrollar su conciencia de mujer. ¡Valiente tarea! Federica Montseny confiesa a Antonina Rodrigo de qué manera eran observadas por sus compañeros así que intentaban el divorcio entre la lucha privada y la lucha pública. La mujer tiene que destruir de antemano el papel «natural» que se le ha asignado para que su voz se sienta puertas afuera. Pocas veces los hombres ponen en cuestión su propia identidad como «machos». Y si lo hacen es gracias al feminismo. Las mujeres que, como Victoria Kent, estaban educadas para la paz y no para la guerra, son «ejecutadas» por hombres de cerebro brillante y ejemplar. Así, el presidente Azaña la hace cesar de su cargo de directora general de prisiones por ser demasiado «humanitaria» y no te-

ner, en compensación, dotes de mando. ¿Por no hacer de «macho», querido Azaña? ¿Porque Victoria Kent, como mujer, no buscaba la muerte sino la vida? ¿Porque la diputada socialista llevó a la práctica lo que las mujeres hemos aprendido durante siglos de sujeción doméstica? ¿El pensar que todo ser humano, como lo has visto en tus propios hijos, es algo que está en continuo proceso? Azaña, otras veces tan «grande» desde el punto de vista moral, se empequeñeció considerablemente cuando juzgó muy «divertida» la discusión entre Victoria Kent y Clara Campoamor sobre el voto de la mujer. Quizá más divertida que muchas de las aburridas sesiones que nos ofrecen nuestros amados diputados actuales. Pero no tan «divertido» como la considerable pelea de gallos que Televisión Española nos ofreció en este mismo año durante un debate entre los dos líderes de las grandes centrales sindicales, CC OO y UGT.

Victoria Kent, que era «política», se acordó de los niños en la Guerra Civil. Y Clara Campoamor. Dolores Ibárruri, «revolucionaria», se acuerda de los que no tienen casa y hace frente a la autoridad con los desahuciados. Los hombres creen que la política se divide en «grande» y «pequeña». En alta y baja política. La gran mayoría de los hombres, cuando ejercen un poder público, se olvidan de que viven en la tierra. Juegan con el poder como si fueran niños. Ellas son milicianas en una guerra en que unos cuantos hombres, convertidos en bestias, pretendían volver a las cavernas. Milicianas en la vida, intentando romper el maleficio. Dejar de ser ángeles o demonios para convertirse en seres humanos sin dejar de ser mujeres.

Quizá no todas las mujeres de este libro se hayan dado cuenta de lo que significa tener conciencia de mujer en un mundo de hombres. Tanto da. El conjunto de sus palabras nos resulta convincente, por su verosimilitud y su autenticidad. Hay muchos hombres que ven cómo se agrieta la identidad que se les había conferido por haber nacido co-